

MATERIA DE MEMORIA

13 RELATOS INÉDITOS A 50 AÑOS DEL GOLPE



VICTORIA TORRES (COMPILADORA)

PAULA BOMBARA / FÉLIX BRUZZONE / JULIA CORIA

MARTA DILLON / JULIÁN FUKS / JOSEFINA GIGLIO

MAURO LIBERTELLA / MARIANA EVA PEREZ / RAQUEL ROBLES

ERNESTO SEMÁN / ÁNGELA URONDO RABOY

PALOMA VIDAL / MONICA ZWAIG

CLAUDIA PIÑEIRO (PRÓLOGO)

emecé

Victoria Torres
(coord.)

Materia de memoria

13 relatos inéditos a 50 años del golpe

emecé

Un dibujo en la pared

Mauro Libertella

Hay un día preciso, una fecha y una hora en la que mis padres decidieron que se iban a exiliar. Pero una decisión así es siempre el efecto de un largo sedimento, capas geológicas de eventos, convicciones, equívocos y dilemas, cuya prehistoria es difícil de reconstruir con precisión. ¿No podríamos decir lo mismo de cualquier decisión de vida? En todo caso, había algo que se estaba macerando y que hizo eclosión una tarde de 1979.

Pero antes, algunas cosas.

A principios de la década del setenta, mi vieja trabajaba como periodista cultural en el diario *La Opinión*, de Jacobo Timerman. Era un lugar soñado para empezar a escribir, había colegas estimulantes, firmar ahí era prestigioso y todos sabían, incluso sin saberlo, que imprimían un periódico que en el futuro iba a ser emblemático. En 1975 mis padres, que llevaban un par de años de novios, se instalaron durante un año en Nueva York, y mi vieja mantuvo el trabajo en el diario como corresponsal. Su hit fue entrevistar a William Burroughs en su casa de Manhattan. Tocó el timbre de la dirección que el autor de *El almuerzo*

desnudo le había pasado por teléfono, el tipo le abrió la puerta y, sin decir nada, en estricto silencio, le indicó que la siguiera y la condujo a la biblioteca de la casa, para mostrarle —también con un gesto, también sin palabras— que el estante principal estaba atestado de libros de Borges.

Del año en Nueva York habría algunos chismes para contar, pero lo que importa acá es que a principios de 1976 volvieron a Buenos Aires, en un vuelo que hacía escala en Caracas. Tenían que hacer unas horas de tiempo para abordar el avión siguiente, y en un pasillo del aeropuerto pasó lo improbable: se encontraron con Tomás Eloy Martínez, a la sazón editor y jefe de mi madre en las páginas de cultura de *La Opinión*. Besos, abrazos.

¿Qué hacés acá?, le preguntaron los dos, en coro.

Me fui de Argentina, les dijo Martínez. No vuelvan. Va a haber un golpe, están desapareciendo gente. Van a cerrar el diario. No vuelvan.

Esa fue su advertencia, dramática sin dudas, pero la parejita de tortolos de menos de 30 años creyó que esa eminencia del periodismo exageraba. Se despidieron y tomaron el vuelo siguiente a Argentina.

¿Qué hubiera pasado si se quedaban en esa escala? ¿Yo hoy sería venezolano, estaría exiliado, sería chavista, vería los partidos de la vinotinto? Todo eso ya no importa, o en todo caso es patrimonio de la literatura especulativa.

Corte a septiembre de 1977. Son las tres de la mañana y suena el teléfono en el departamento de mis

padres. Ellos duermen y el sonido metálico de un aparato de Entel repiquetea en el aire tibio de una primavera que se adelantó. Riiiiing. Mi padre salta de la cama con el corazón a todo lo que da: son épocas donde se vive en estado de alerta. El sonido del ascensor que frena en tu piso. Un timbre. Un grito en la calle. Todo es motivo de pánico. Mi padre atiende entonces el teléfono y es Antonio Di Benedetto, escritor y amigo, que le dice que lo acaban de largar, lo tenían preso y lo acaban de largar. Con lo puesto, a las tres de la mañana. No sabe a dónde ir. Mi padre le da la dirección del departamento, despierta a mi vieja y lo esperan con un café.

Muchas veces le pregunté a mi madre cómo era vivir en dictadura. Me obsesionaba eso, lo que es imposible de transmitir, los detalles del día a día, el paso del tiempo, lo doméstico, lo chiquito. A veces me explicaba cómo era encontrarse con alguien en un bar, mirar para todos lados, la información que circulaba de manera astillada, pero a mí no me alcanzaba. No podía terminar de reconstruir un día en dictadura, no podía y nunca voy a poder, a pesar de los muchos testimonios, las novelas, las crónicas. Solo lo puede entender el que lo vivió y supongo que está bien que así sea.

En la escena siguiente es julio de 1978 y mi madre está embarazada de mi hermana Malena. Se juntaron en la casa de mis abuelos para ver la final del Mundial de Fútbol. Eran los albores de la televisión a color en Argentina, además, así que estaban todos reunidos

alrededor de ese aparato, como antes las familias se reunían alrededor de una radio y mucho antes a la orilla de un fuego. El partido está por comenzar y el presidente de facto, Jorge Rafael Videla, pisa el campo de juego para acompañar la salida del equipo. Hay muchas fotos de ese día, Videla junto a Massera, traje gris, cara de orto. Pero el asunto es que cuando la cámara lo enfoca, mi vieja se para y empieza a gritar.

Hijo de puta, hijo de puta.

Mi abuelo cierra la ventana y la puerta. Le dice que pare, que baje la voz, que los vecinos escuchan, que no se puede decir eso, que los van a meter en problemas. Mi vieja grita hijo de puta una vez más y sale a caminar por una ciudad vacía, fantasmal. De pronto escucha gritos, muchos gritos, pero esta vez son de alegría: la gente festeja un gol.

Mis padres seguían en Argentina. Algunos amigos ya se habían ido —a Venezuela, a España, a Italia, a Estados Unidos, a México—, de otros no se sabía nada. Quedarse o irse era todo un dilema. En los diarios de Ricardo Piglia el tema aparece muchas veces; de hecho, en algún momento se queja de que el padre del hijo de Josefina Ludmer (su pareja de entonces) no los autoriza a llevarse al chico fuera del país, lo que daría cuenta de una intención clara de exiliarse, aunque luego dice: «Me resisto al exilio como alternativa de vida en tiempo difíciles».

El exilio de mis padres tiene, en todo caso, un día preciso, una fecha y una hora en la que decidieron que

se iban a ir. 5 de mayo de 1979. El teléfono suena, otra vez, en el departamento de mis padres, que ahora tienen una hija de pocos meses. Riiing. Mi madre atiende y una amiga le avisa que la revista *Cabildo*, órgano de prensa del nacionalismo católico argentino, acababa de publicar una lista de intelectuales y periodistas subversivos y el nombre de ella figuraba ahí. Tamara Kamenszain. Había que irse.

Mi mamá se mudó con mi hermana a la casa de sus padres y mi padre se subió a un avión a México, para hacer contactos, buscar trabajo y un lugar donde vivir. Fue un viaje de reconocimiento del territorio en un mundo antes de internet. Le pasaron la dirección de Margo Glantz y él nunca había escuchado el nombre Margo; cuando ella abrió la puerta de su casa de la esquina de Tres Cruces y Callejón del Horno, él se sorprendió de que Margo fuera una mujer y no un hombre.

Unos meses después todos se instalaron en México, en una privada en Camelia 272. Mi hermana entró en el jardín de infantes, mis padres consiguieron algún trabajo editorial o dando clases y de pronto, zas, todos estaban más o menos incorporados a la vida mexicana. Habían elegido no alojarse en la Villa Olímpica, donde se agrupaban muchos de los argentinos exiliados de aquellos años; no sabían cuánto tiempo iban a estar ahí, pero decían que los que vivían en la Villa Olímpica estaban flotando en una especie de estado incierto, sin afincarse del todo, sin integrarse a la trama urbana de

la ciudad, encapsulados en la nostalgia por el país perdido y hablando todo el día de Argentina. No querían eso. Querían vivir entre mexicanos mientras durara el exilio. Supongo que era una fantasía o una ficción como cualquier otra.

Nací el 5 de enero de 1983 en el Hospital General de México. Mi viejo contó la escena en *La arquitectura del fantasma*, su autobiografía, así:

Un día 5 de enero iba a nacer en México mi hijo, Mauro. Otra vez: ¿qué nombre darle a eso que los neonatólogos llaman «producto»? Cuando el partero grita «¡Varón!», esa ya es una predestinación de sexo, un abuso genérico. El partero mexicano optó, en cambio, por la metáfora y gritó «¡Dos pelotas para el fútbol argentino!». En la sala de recién nacidos, Danubio Torres Fierro vio al bebé y dictaminó: es Mauro. Tamara agregó: es Mauro y es David. Estábamos tan desorientados que, si Danubio abría el diccionario y ponía un dedo al azar, todos, incluido Mauro, hubiéramos gritado: ¡Dada!.

Ahora éramos cuatro y pasé mis primeros meses en un moisés que sacaban al patio interno de la privada de la calle Camelia. Tengo un registro de esos días, un dibujo infantil, un dibujo naif y hermoso que me hizo el vecino de la casa de al lado, Tarsicio. Se ve que aún no me habían registrado o algo por el estilo, porque me nombra como Leónidas Mauro I. En

el dibujo hay un bebé en un moisés de paja, apoyado en un césped. Solo se le ve la parte alta de la cara, los ojos, las cejas y la cabeza pelada con tres pelos parados (aún los conservo, y creo que va a ser lo último que me quede cuando el pelo se me caiga del todo). Al lado hay un árbol, un arcoíris y una nube de la que caen globos de colores. Y un texto, manuscrito, que dice esto: «Leónidas Mauro David I, ya estás aquí, asomándote a ver, oír y sentir la vida. Como ves es bonita, tiene color, sol, plantas, arcoíris, papás, hermana y amigos. Leónidas M. D. I, ayer te vi solito tomando el sol y me sonreíste y sabes me animaste a ver lo bonita que es la vida. Ojalá y siempre la veas así, bonita y con una sonrisa. Tu vecino, Tarsicio. 4-2-83».

De los muchos objetos que trajimos de México cuando volvimos a Argentina, en diciembre de 1983 —mesas, platos, cuadros, lámparas, libros— el único que atesoro y que está siempre cerca mío es ese dibujo, que ahora tengo enmarcado y que está colgado en una pared al lado del escritorio en el que escribo esto. Es un testimonio, la prueba de que nací en otro país, como un efecto o una consecuencia del exilio de mis padres. Es un dibujo alegre y me gusta ese contraste: la alegría a pesar del desarraigo.

De los años en México quedaron varias cosas, algunas más fáciles de distinguir, otras más silenciosas, incorporadas ya a la memoria emocional de la familia. Canciones, palabras, inclinaciones. El olor de las tortillas de maíz, el picante (que tengo que evitar porque

ya me hace mal). Y los amigos de esos años, sobre todo los amigos de esos años. Los mexicanos, Margo, que quedó para siempre. Y los argentinos, Ana Amado y Nicolás Casullo. Se produce una especie de hermandad entre la gente que vivió un exilio y eso también es hermoso a pesar de todo.

Volvimos entonces a Argentina apenas se pudo. Mi madre me dijo muchas veces que ella se quería quedar en México y mi viejo quería volver. Esa posibilidad me ha sumergido muchas veces en una especie de ensueño existencial. ¿Cómo sería mi vida de haber crecido y vivido siempre en México? ¿Hoy sería un autor mexicano, hincharía por el tri, podría seguir comiendo picante sin que el estómago me dijera basta?

El 24 de junio de 1984, mi vieja le escribe a su amiga Margo la primera carta desde Buenos Aires. Dice: «Hasta ahora fue imposible escribir cartas. La adaptación —aunque sea al propio país— fue lenta y penosa. Somatizaciones de todo tipo, histerias varias, y ahora ya reflatando favorablemente. En síntesis: estamos contentos, adoramos esta ciudad puta que provoca deseos interminables de caminar». En Buenos Aires los esperaba también la hiperinflación («La situación económica es cada vez más angustiante y ya hasta encender la luz es considerado un lujo») pero también el Juicio a las Juntas («El juicio a los militares es un hecho histórico realmente asombroso. En cierto sentido agradezco el poder ser testigo de este evento único y espero que irrepetible»).

De los años mexicanos a mi padre le quedó una relación con el sector editorial y a su regreso a Argentina fue gerente general de Fondo de Cultura Económica. A mi vieja le quedaron amigos y un amor muy fuerte por ese país. A mi hermana un acento y algunos modismos mexicanos que persistieron durante un tiempo y le ocasionaron burlas crueles de sus compañeros de escuela. Y a mí me quedó la nacionalidad mexicana. De hecho, tardé mucho en tramitar la ciudadanía argentina. En su momento lo interpreté como desidia (recién a los 24 años me hice argentino), pero ahora creo que hubo alguna otra cosa, quizás una necesidad filial de seguir siendo *un poco mexicano*.

Cuando empecé a publicar libros, de hecho, me enfrenté a un módico dilema que ya han atravesado todos los que nacieron en otro país, a causa del exilio de sus padres o por otras razones. ¿Cómo consignar ese desplazamiento de manera sucinta y clara? Las primeras veces solo puse que había nacido en México D. F. en 1983, pero salieron un par de notas (una o dos, tampoco exageremos) en las que se me refería como «escritor mexicano», lo que es sin dudas un equívoco. Pero para subsanar ese inconveniente, en el tercer libro tomé la decisión de consignar que había nacido en Buenos Aires en 1983. Pensé que nadie se daría cuenta, que a nadie le importaría, pero una amiga me llamó y me espetó la siguiente frase: «Estás borrando el exilio de tus padres». Bueno. Un poco dramático todo, pero tenía razón. Hay quienes consignan que nacieron

«circunstancialmente» en España o Venezuela, los que eligen decir que nacieron «en Uruguay, hijo de padres exiliados», los que ponen solo el lugar, sin explicar nada, como hice yo las primeras veces. No hay un mérito ni nada tan tremendo en haber nacido en otro país por esas causas, en todo caso la historia es la de nuestros padres, no la nuestra, que apenas fuimos bebés o niños allá lejos y luego volvimos. Pero algo hay que poner, porque el género solapa de libro así lo exige. De modo que me incliné por el ecuaníme «México, 1983. Creció y vive en Buenos Aires».

Cuando me fui haciendo grande, la conversación sobre la dictadura estuvo siempre activa en mi casa. Mi primer recuerdo sobre el tema fue la marcha en contra de los indultos promulgados por Carlos Menem, el 9 de septiembre de 1989. Fue la primera vez que veía tanta gente junta. Recuerdo con mucha nitidez la mezcla rara de euforia y miedo, un niño de 6 años entre cientos de miles de personas que gritaban, la sensación de que ahí había algo grande, algo que nos excedía a todos los que estábamos ahí y que solo era posible si todos estábamos ahí. Luego llegaron las marchas del 24 de marzo, las únicas marchas obligatorias para la familia. Y entonces llegó también el interés por entender un poco más. Ya dije que siempre le pedí a mi madre que me contara cómo era un día en dictadura. No buscaba las grandes teorías, los porqués del golpe, las internas de la lucha armada; quería saber cómo era un día común de 1977. Me hablaba entonces del sonido del

ascensor en medio de la noche, de los rumores de los amigos desaparecidos, de la policía parando gente en la calle, de los libros quemados o enterrados o tirados. Pero creo que es imposible transmitir los detalles que hacen a un día cualquiera en un contexto extraordinario. No se puede. De la misma manera que Agamben sentenció que nadie puede testificar por el testigo, hay experiencias intransmisibles, a las que el lenguaje no llega, que son solo vivenciales y patrimonio de quien las atravesó. Mis viejos no sufrieron la dictadura como la sufrieron otros, no los torturaron, no tuvieron que huir en medio de la noche, por supuesto no los mataron. Estaban en el segundo anillo, digamos: tenían amigos desaparecidos pero su vida no parecía peligrar, hasta que un día la revista *Cabildo* publicó esa lista y las cosas se pusieron más peligrosas. Ese camino es el que siempre me intrigó y quise reconstruir.

Mis padres ya murieron, de modo que lo que pueda decir sobre esos años lo seguiré sacando de la memoria, de sus cartas, de lo que ellos escribieron. Es un ejercicio de investigación, pero también, como toda escritura, es un poco ficcional.

Mi madre murió el 28 de julio de 2022. Unos días antes había publicado un texto en la revista *La Agenda* a propósito de la reedición del libro *Diario de una princesa montonera*, de Mariana Eva Perez. Fue su último texto publicado en vida, y llevaba por título «El temita de los desaparecidos». Que haya vuelto al tema de la dictadura en los días en los que le faltaba la respiración

y al reloj de arena de su vida le quedaban pocos granos me parece significativo, o al menos, ahora que escribo esto, me parece que tiene una potencia especial.

Volví a México un par de veces desde entonces. Siempre quiero volver a México. A veces creo que me gustaría vivir ahí un tiempo, como si hiciera una especie de cover de la canción de mis padres. Quién sabe. Por lo pronto, hace unos días pasó algo muy lindo. Tengo un hijo de 5 años y en el jardín de infantes le pidieron que hiciera un dibujo por el día de la familia y la identidad. Y me dibujó a mí, vestido como futbolista (se lo agradezco), usando los colores de la selección mexicana y con una línea que dice «Mi papá es mexicano». Lo voy a sumar a la pared, al lado del dibujo de mi yo mexicano que me hizo mi vecino Tarsicio cuando nací.